

Jon Arretxe

Soy Gonzalo, traigo berros



El *aitona* Gonzalo. Ilustración de Jon Arretxe.

En la vida, hay algunas cosas que casi nunca se olvidan. Una de ellas es el último amor. Otra, la persona que nos enseñó a silbar.

A silbar me enseñó mi abuelo, el *aitona* Gonzalo.

“Antes de nada, solía decirme, tienes que pasar tres veces la lengua por los labios. Es para afinarlos, una, dos y tres, y que la música vuele alto”.

El *aitona* Gonzalo tenía una máquina de escribir con faltas de ortografía.

1 Primera
En casa bien aireada el mal no encuentra posada

Así empezaban las “Máximas para estar como una rosa” de Gonzalo Gutiérrez Urbina, estudiante naturista.

El *aitona* firmaba así porque siempre estaba estudiando. Estudiando y aprendiendo.

Aprendiendo y enseñando. Como Cantinflas en “El analfabeto” que, por las tardes, enseñaba a sus amigos las letras que él acababa de aprender por la mañana.

2 Segunda
En la tranquilidad descansa la salud, y en la salud, la tranquilidad

Yo, por más que miraba las teclas de la Olivetti, no encontraba las faltas de ortografía por ningún sitio.

El *aitona* Gonzalo sabía un montón sobre silbar, y otro montón, aún más grande, sobre plantas medicinales.

“De entre todas las plantas, una de las más beneficiosas es la llamada cola de caballo, que tiene la virtud de regular y tonificar el organismo. Si tienes diarrea, te la corta, y te suelta cuando tienes estreñimiento”.

El *aitona* sabía un montón sobre plantas medicinales, cuando ninguno de nosotros sabíamos nada. Ni nosotros ni nadie. Eran años en los que todavía no existían las herboristerías, ni las tiendas de dietética, ni los expertos en nutrición. Tampoco había macrobióticos, ni ovolactovegetarianos, ni café descafeinado. Sacarina sí, pero sólo en algunas casas.

3 Tercera

La cola de caballo sana
y engorda al amo

Me gustaba acompañarle por las campos de Alaberga, en busca de la tan preciada cola de caballo. También íbamos juntos a coger menta, junto a las vías del topo, en un rincón donde él solía plantarla.

“Las plantas que crecen junto a las vías, además de sus propiedades inherentes, nos ofrecen las del hierro, que son muchas”.

Otras veces, recogíamos berros, para acompañar las ensaladas, en un sitio secreto que no voy a desvelar, y que sólo conocíamos él y yo.

El *aitona* Gonzalo me enseñó a silbar, mojando los labios hasta tres veces, con la punta de la lengua. Y también me enseñó a silbar con el sonido profundo que esconden las caracolas marinas. Para eso, había que ahuecar las dos manos y soplar lentamente dentro de ellas, a través de la rendija que se formaba entre los dedos pulgares.

El *aitona* sabía un montón de cosas sobre plantas medicinales. Otro montón sobre hierbas, y otro, sobre silbar. Y, a veces, mezclaba los distintos conocimientos. Por ejemplo, cuando silbaba soplando sobre el canto de la hoja de un arbusto convenientemente doblada. O, cuando lo hacía a través de una hierba larga y ancha, sujeta, con cierta habilidad, entre los dedos pulgares de ambas manos. O ayudándose de un hueso de albaricoque al que, previamente, había vaciado la simiente.

“De las plantas y el silbar”, escrito por Gonzalo Gutiérrez Urbina, estudiante naturista.

El *aitona* nació en Fresno del río Tirón, un pueblecito de la provincia de Burgos, en el año 1900.

Por eso decía, siempre que tenía ocasión, que él iba con el siglo. El resto de los mortales estábamos

obligados a hacer una resta para calcular la edad que íbamos a tener cuando llegase, por ejemplo, el esperado año 2000. El *aitona*, no. Como iba con el siglo, apenas tenía que calcular nada.

4 Cuarta

Cuida la naturaleza
y ella cuidará de ti

Todos los años, al finalizar el buen tiempo, el *aitona* Gonzalo visitaba las casas de los parientes regalándonos buenos consejos y un surtido, minuciosamente etiquetado, de plantas medicinales. “Son para las enfermedades que vienen con el invierno. Para los catarros, *berbena-belarra*. Diente de león para facilitar la circulación de la sangre. Y cola de caballo, que es buena para casi todo. Ya se sabe, la cola de caballo... sana y engorda al amo”.

Lo primero que había que hacer era desgastar el hueso del albaricoque, raspándolo insistentemente contra una pared o contra el suelo, hasta conseguir abrirle un agujero. Luego, con la punta de una aguja, se iba sacando, poco a poco, la almendra tierna. Una vez vacío, se colocaba el hueso bajo el labio inferior, se soplabla con fuerza y con tino, y una música de tren salía volando por el aire.

5 Quinta

De opíparas cenas,
las tumbas están llenas

Y lo mismo hacía con los primeros calores del verano. Cuando empezaban a alargarse los días, el *aitona* venía a casa para abastecernos de aquellas plantas que curaban los trastornos que, muchas veces, provoca el calor. Cilantro, contra las diarreas. Hinojo, para prevenir cualquier tipo de alergia. Y, cómo no, cola de caballo, que es buena para casi todo, y sana y engorda al amo.

El *aitona* Gonzalo y la *amona* Josefa llegaron a Rentería al poco de casarse. Él, que era muy manitas, enseguida encontró trabajo en La Esmaltería.

El *aitona* era muy hábil y muy ingenioso cuando se trataba de reparar cualquier cosa que se hubiera roto. Metía la mano en alguno de sus bolsillos y sacaba todo lo necesario para hacer un apaño. Desde un fino hilo de cobre para limpiar el quemador de un calentador de gas hasta la espiral de una vieja libreta para arreglar el muelle roto de un flexo. De todo había en sus bolsillos prodigiosos. Como de la chistera de un mago, el *aitona*

extraía de ellos cualquier cosa que antes hubiera encontrado por ahí: una horquilla, un cordel, dos muelles engarzados uno en otro, un tapón de corcho y otro de plástico, tres arandelas, una bolsa de papel, dos clavos aplastados, una chapa y una pila.

El *aitona* era muy ingenioso para arreglar cualquier cosa que no fueran sus propios bolsillos que, a fuerza de guardar cachivaches, siempre acababan rotos.

Los bolsillos del *aitona* los arreglaba la *amona*, que no era tan ingeniosa como él pero sabía zurcir.

“El pitido de los trenes suena a albaricoque”.

—¿Es otra de tus máximas para estar como una rosa, *aitona*?

—No. Es una greguería, de Ramón Gómez de la Serna.

6 Sexta

La cara es el espejo del alma,
y los ojos, el espejo del cuerpo

El *aitona* aprendió a diagnosticar enfermedades, observando con detenimiento el iris en los ojos de quien se dejaba. Ayudándose de una lupa, escrutaba las líneas, los colores y las sombras que rodean la pupila, como quien estudia el misterioso mapa de un tesoro.

Una tarde que íbamos paseando junto a la carretera general, justo antes de llegar a la alameda pequeña, el *aitona* me enseñó unas marcas muy extrañas en la piedra arenisca de una casa. Se trataba de unas hendiduras bastante profundas, que se cruzaban unas con otras en línea recta, sin ningún orden aparente. También las había que discurrían paralelas entre sí, y no llegaban a cruzarse.

Estaba claro que eran resultado de la erosión, pero no de la del viento, tal y como la estudiábamos en la escuela. Parecían más bien obra de la mano humana, como toscas muestras del arte rupestre de nuestros antepasados.

Ante mi asombro, y mi incapacidad para dar una explicación sobre el origen de las enigmáticas muescas, el *aitona* me contó que, hacía ya muchos años, había estado cerca de ahí la escuela de doña Rosa, y esas marcas eran el resultado de la acción de sus alumnos cuando frotaban contra la pared los huesos de albaricoque para fabricar sus silbatos.

7 Séptima

En el vino, la verdad.
En el agua, la vida

El *aitona* tenía muchos admiradores. A veces, cuando yo iba por la calle, me paraba alguno de ellos, y me decía: “¿Tú eres nieto de Gonzalo, no? Tu abuelo me curó la vista”.

Tenía, también, algunos detractores con los que, a veces, me encontraba en esas mismas calles. “¿Tú eres nieto de Gonzalo, no? Tu abuelo casi me deja ciego”.

Recuerdo que, de niño, no debía de tener más de cuatro o cinco años, quise gastar una broma a mi madre. Llamé a casa desde el timbre de la calle, y cuando ella abrió la puerta y se asomó a la escalera, a preguntar quién era, yo grité desde el portal: “Soy Gonzalo, traigo berros”.

El *aitona* y la *amona* tuvieron siete hijos, entre ellos mi madre, veintidós nietos, entre ellos yo, y una tienda en la calle Viteri: la mercería Josefa. En la trastienda de la mercería, junto a los botones y los carretes de hilo, las plantas medicinales, al secarse, tejían en el aire un velo de fragancias silvestres.

8 Octava

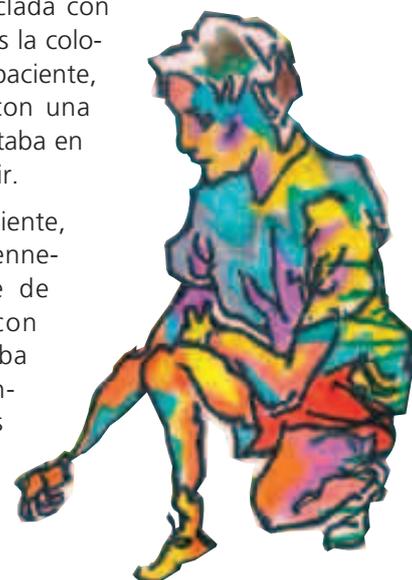
Para ser fuerte como el toro, no
comas toro. Come lo que come el toro

El *aitona* usaba cataplasmas de *berbena-belarra* para curar todo tipo de males. Pero, sobre todo, para curar los catarros y otras afecciones del sistema respiratorio.

Primero, preparaba una especie de tortilla calentando en la sartén la *berbena-belarra*, mezclada con clara de huevo. Y después la colocaba sobre el pecho del paciente, envuelta y bien sujeta con una venda, cuando éste ya estaba en la cama dispuesto a dormir.

Y a la mañana siguiente, retiraba la cataplasma, ennegrecida como por arte de magia, contaminada con todo el mal que la hierba había conseguido arrancar de los pulmones enfermos.

La *amona* Josefa me aseguraba que la



máquina de escribir del *aitona* tenía faltas de ortografía. Pero yo, por más que buscaba y rebuscaba entre las teclas, nunca las encontré.

9 Novena

No por mucho ayunar se adelgaza
más temprano

El *aitona* salía de casa sin rumbo fijo, y lo mismo encontraba berros y manzanilla que un imperdible y dos tuercas con las que arreglar, en otra de sus salidas, una estufa eléctrica o una máquina de coser. También podía encontrarse en el camino con un conocido al que mirarle el iris para avisarle de cualquier enfermedad.

El *aitona* iba con el siglo. Pero siglo y *aitona* se separaron en 1981. Él se detuvo, y el siglo continuó solo, casi una veintena de años más.

Y 10 décima

El silbido es la música
de la salud

A veces, sueño con el *aitona* Gonzalo.

–¿No estabas muerto? –le pregunto.

–Sí. Pero me han dado permiso para que pase el día recogiendo hierbas contigo.

Yo, entonces, me pongo muy contento. Pero enseguida me despierto con la sensación de profunda tristeza que suelen traer ciertos sueños. Me quedo un rato en la cama, pensando en él, y me inunda su olor a tomillo, a plantas y a bosque. Repaso, como si fuera una película que hubiese visto hace mucho tiempo, cada uno de los recuerdos que guardo de él; y releo sus “Máximas para estar como una rosa”, una a una, de la primera a la última, en el mismo orden que Gonzalo Gutiérrez Urbina, estudiante naturista, las escribió.



El *aitona* Gonzalo.